

Con la  
música  
a cuestas

Fernando *Freddy* Quiñones,  
un trovador fronterizo

Víctor Alejandro Espinoza Valle

Colección  
Testimonios populares 4

██████████ *Con la*  
██████████ *música*  
*a cuestas* ██████████

Fernando *Freddy* Quiñones,  
un trovador fronterizo

Víctor Alejandro Espinoza Valle

Obra ganadora del certamen Palabra de Raíz

Colección  
Testimonios populares 4



GOBIERNO DEL ESTADO  
DE BAJA CALIFORNIA

Alejandro González Alcocer  
Gobernador constitucional del estado

Lorenzo Gómez-Morin  
Secretario de Educación y Bienestar Social

Patricio Bayardo Gómez  
Director general del Instituto de Cultura de Baja California



Instituto de Cultura de Baja California  
Av. Álvaro Obregón 1209, col. Nueva  
Mexicali, B.C., C.P. 21100

Primera edición: junio de 2000  
©Víctor Alejandro Espinoza Valle  
©Instituto de Cultura de Baja California

ISBN: 970-18-4785-7

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez  
Edición, formación y diseño: Gerardo Ávila

Fotografía de portada: Fernando Freddy Quiñones, tomada de *Candilejas*, revista semanal de espectáculos, año 1, número 29, 24 de noviembre de 1957, Tijuana, B.C.

Impreso en México

## Índice

A manera de estudio preliminar .....	7
Una historia familiar .....	13
Una temprana afición .....	17
La Euforia, una orquesta .....	19
Los Maniceros y Toña la Prieta .....	21
La calle Olvera .....	23
El box y el beis .....	25
Las fiestas de los Aldrete .....	27
El Tecolote .....	29
En la XCBG .....	31
Una salida patriótica .....	33
Desde el techo .....	35
Con la orquesta de Merced Gallegos .....	37
Glosario .....	41

## A manera de estudio preliminar

En este trabajo se presentan fragmentos de la historia de vida de un músico fronterizo nacido en la década de los años veinte. Se trata de un narrador excepcional a través del cual nos podemos asomar a las manifestaciones culturales de la frontera norte de México y sur de Estados Unidos durante los últimos 70 años. Fernando *Freddy* Quiñones nació en la ciudad de Tecate, Baja California, en 1928. Su trayecto personal y su biografía musical parecen seguir el patrón fronterizo. En su juventud tecatense formó parte de uno de los primeros grupos de música de la ciudad, Los Maniceros, que tuvieron sus mejores noches en El Mocambo, un bar que se ubica en la actual calle Cárdenas y pertenecía al señor Efraín Ferreiro. En el año de 1945 se trasladó por primera vez a Estados Unidos. En Los Ángeles intentó en vano hacer realidad su sueño: triunfar como músico. De regreso a Baja California, en 1945 se trasladó a Mexicali, donde realizó una temporada en El Tecolote Night Club, un céntrico bar –ubicado muy cerca de la aduana– que con anterioridad al gobierno de Lázaro Cárdenas había sido casino. El dueño de El Tecolote, Alfredo Aldrete, era hijo de don Alberto Aldrete, quien fuera gobernador del Territorio Norte de la Baja California entre 1946 y 1947. Justo en ese año (1947) cruzó de nuevo la frontera, rumbo a San Francisco, acicateado por la idea de triunfar en San Francisco, California. Esta vez, pese a los infortunios iniciales, consiguió ser escuchado por la orquesta de don Merced Gallegos (una de las primeras orquestas latinas en California).

Cuando volvió a su ciudad, Tecate, en noviembre de 1947, le llegó por fin la tan ansiada propuesta para incorporarse a la famosa orquesta. Fueron ocho años de triunfo y sueños hechos realidad; pero en 1954 regresó a Baja California, concretamente a la ciudad de Tijuana. Como todo artista de aquellos años, el espacio de trabajo era la avenida Revolución. Allí se convertiría en *show man* en el Monalisa y el Ritz, entre otros centros nocturnos. En 1959 de nuevo decidió cambiar de aires y se marchó a San Francisco, ciudad en la que permaneció hasta 1983, cuando trasladó su residencia a Chula Vista, California, desde donde sigue cantándole a la vida y a sus amores, a través de sus más de 200 canciones que continúan aguardando quién rescate ese tesoro artístico regional.

El presente trabajo abarca el trayecto biográfico del narrador desde su nacimiento, en 1928, hasta 1947, cuando logró establecerse en San Francisco, California, y

formó parte de una de las orquestas que ya son leyenda para la población de origen mexicano en Estados Unidos. Es una historia de ires y venires entre México y California,<sup>1</sup> cuya guía básica en la narración es la música. A través de la historia musical se van tejiendo las otras historias, las que nadie conoce si no se acerca a la biografía de los actores, los que, como en este caso, buscan el triunfo a costa del sufrimiento personal y familiar; sin recursos, sólo con una fe inquebrantable en un medio adverso vencido con tesón y vocación artística que perdura. Ésta es una historia que contiene otras más que el lector puede ir descubriendo: la de los primeros músicos latinos en California, pero también la de muchos que no logran salir del terruño y desafiar su destino provinciano. Es también la historia de los migrantes y su carencia de primeros afectos en la tierra desconocida, el dolor de la partida y la nostalgia por la pequeña patria; es la historia de las formas culturales, la formación de las identidades y el desierto de los pueblos de la frontera mexicana. Es, pues, como toda historia oral, una narración en donde se identifican el narrador, el autor y quien lee el documento; cada uno con una mirada distinta, pero todos descubriendo cómo hacen la historia los hombres de carne y hueso; los que no aparecen, parafraseando a Luis González y González, en la historia monumental y de bronce.

En esta historia no hay busto que develar; sólo reconocernos en ella para saber de dónde venimos, qué hicieron los pioneros y quizá hacernos pensar en el valor de la historia oral. Para el autor es una historia personal por razones de parentesco. Como en la microhistoria, mi trabajo parte de intereses y no de razones. Es, pues, una narración sentimental y de búsqueda incesante de mis raíces; es descubrirme desde el espejo familiar; es una historia afectiva.

Para la historia regional y local, el rescate de las historias de vida resulta una fuente fundamental. En entidades tan jóvenes como Baja California (adquirió el rango de estado de la república el 16 de enero de 1952), lo que cuentan los mayores ha sido central para la comprensión del pasado inmediato. Se tiene la ventaja, sobre la historiografía tradicional, de poder consultar a las "fuentes vivas" para conocer los ci-mientos de identidad de los fronterizos contemporáneos. La memoria necesariamente se entrelaza con la microhistoria pues ambas persiguen fines semejantes: reconstruir las historias menudas, de espacios pequeños, de lo minúsculo, que aparentemente

<sup>1</sup>Es una historia difícil pues hay que recordar que no fue sino hasta el llamado Programa de Braceros cuando la frontera se volvió más porosa. El Acuerdo Internacional sobre Trabajadores Migratorios se aprobó en 1951 y concluyó en 1964. Sobre este tema puede consultarse el trabajo de Eliseo Mendoza Berrueto, "Historia de los programas federales para el desarrollo económico de la frontera norte", en Mario Ojeda (compilador), *Administración del desarrollo de la frontera norte*, México, El Colegio de México, 1982, pp. 39-83.

carecen de pasado. Con ser tan importante la historia oral, en términos estrictos, es una fuente más –fundamental si se quiere– para la historiografía, pero que deberá contrastarse y ponerse a prueba con otras fuentes para servir como insumo científico. Sin embargo, la fuente viva tiene valor en sí misma, y si se plantea, como en este caso, como objeto de estudio, no es una obligación esta contrastación. Su valor estriba en el rescate de la tradición oral, en el testimonio como fuente de identidad cultural. Si alguien más, aparte del narrador, se identifica en el testimonio, con ello se justifica el rescate de la memoria. Lo que cuentan los mayores en la tierra acerca de ésta es parte de la tradición oral y para ciertas poblaciones ignoradas por la academia y la ciencia, es la única historia realmente existente.

Para mi fortuna, Fernando Quiñones es un narrador tan extraordinario como su producción musical. Las grabaciones de las entrevistas se realizaron en su casa de Chula Vista, California, a partir de un guión muy general que podría sintetizarse en la demanda de que nos narrara su vida musical. La pasión con la que vive la música es la misma que trasladó a los casetes. Después ha seguido un trabajo de ordenación temática y de limpieza de los materiales hasta concluir con esta publicación.

Mi oficio es cantar  
y alegrar corazones  
y decirle a la gente  
todas mis emociones

Y muchas veces voy  
con el alma partida  
sufriendo alguna herida  
o fingiendo alegría  
que al fin así es mi vida

Para ellos sólo soy  
un simple cancionero  
que canta su dolor  
su público es primero

Sin saber que también  
aquí dentro del pecho  
existe un corazón  
que a amar tiene derecho

Mi oficio es cantar  
lo digo francamente  
yo soy como un payaso  
que fingiendo alegría  
se murió de tristeza...

Fernando *Freddy* Quiñones

## Una historia familiar

El ser cantante y compositor lo llevo en la sangre. Soy soñador, medio poeta y cantautor, de presencia bigotuda y varonil, nacido en el tiempo de los boleros románticos de Agustín Lara, Gonzalo Curiel y de Los Panchos, que imponían el romance en sus canciones llenas de pasión, con la experiencia de haber vivido la época de los elegantes y controversiales pachucos, de espíritu precursor, del varón chicano que trataba de romper las barreras del racismo anglosajón y que bailaba el *swing* y el *gitterbug* en los años cuarenta. Ése soy yo, una mezcla del pasado y del presente de México y Estados Unidos, el cantautor tecatense Fernando *Freddy* Quiñones.

Comenzaré por contarles de mis padres y de mis raíces familiares. Mi padre era un hombre humilde, trabajador, muy sincero y, sobre todo, muy mexicano, nacido en San José del Cabo, Baja California. Su nombre de pila: José María Quiñones Guilín, aunque su apellido materno era Guilini, pero en México era Guilín; mi madrecita, una mujer sencilla, amorosa y muy buena que vivió siempre para adorar a sus hijos. Su nombre: Amelia Álvarez Salgado, también nacida en el bello San José del Cabo. Ellos contrajeron matrimonio en su natal San José. En aquellos tiempos, muchos de los ciudadanos de San José del Cabo emigraban al norte, a la península de Baja California, aunque la mayoría lo hacían a Estados Unidos, a San Diego, para ser exactos. Desde 1915, muchos de los hermanos y hermanas de mi madre residían en las ciudades de San Diego, Lemon Grove, La Mesa y también en Los Ángeles, California. Mi abuela materna vivía en Lemon Grove.

Hacia finales de 1916, para tratar de mejorar su condición económica y social, don José María, doña Amelia y sus cuatro hijos: Jesús, María, Josefina y Miguel, también decidieron emprender el viaje al norte. Para ello vendieron sus tierras y todas sus pertenencias. Allá se decía que en el norte se vivía un auge económico pues se construiría una carretera de Tecate a Mexicali con su cuesta de Picachos, conocida también como La Rumorosa.

Con el poco dinero de la venta de aquellas propiedades, mis padres salieron de San José. Por desgracia, el dinero que le dieron a mi padre sólo circulaba en Baja California Sur. Tomaron un barco de aquéllos que existían en aquel tiempo. Un barco grande tipo Comonfort. Con ellos venían muchas personas de la misma ciudad, entre ellas los Uribe, los Castro y otros. El viaje fue pesadísimo, pues esos barcos duraban

varios días en llegar y, para colmo de los males, con tan mala suerte que por poquito se les hunde el navío, pero gracias a Dios salieron ilesos.

Por fin llegaron a tierras nortefías, al puerto de Ensenada. A mi mamá se le hizo muy triste esta tierra tan árida, tan desierta, pero ni modo, ya estaba hecho el viaje, y como ella siempre apoyó a mi padre cien por ciento, siguieron su travesía. Ya en el puerto de Ensenada, mi padre trató de cambiar el dinero que traía del sur y ahí comenzó el problema, pues ese dinero no valía aquí en el norte: eran bilimbiques, era sólo papel; mi padre, muy indignado, tomó el puño de billetes, lo rompió y lo echó al mar azul de Ensenada.

En San José del Cabo, mi padre trabajaba en compañía de sus abuelos, tíos y hermanos. Tenían un barco que se dedicaba a buscar perlas en el fondo del mar. Recorrían Mazatlán y Colima en busca de estas piedras preciosas. Cuando se vinieron traían consigo algunas de ellas, que vendieron para seguir su travesía al norte. Como a los seis o siete días de haber arribado a Ensenada, llegaron procedentes de Tecate unas grandes carretas que, tiradas por corceles, iban contratando gente para trabajar en la construcción de la carretera entre Tecate y Mexicali. Raudos y veloces, mi padre, don José María, juntó a sus hijos y a su esposa y abordaron la mencionada carreta con destino a Tecate. El viaje fue bárbaro, muy duro: fueron tres largos días de incomodidad, desvelos y mucho malestar, pero al fin llegaron al pueblito de Tecate, donde habitaban pioneros que colonizaron esta frontera, entre los que destacaban grupos de americanos. Si Ensenada se le hizo triste y sombría a mi madre, pues Tecate qué bárbaro, casi no lo aguantaba; extrañaba más su Baja California Sur, la vegetación con tantas variedades de frutas, con mucha agua. En Tecate, los cerros estaban desiertos, pelones, llenos de piedras en lugar de árboles frutales; añoraba las frutas, los mangos, los aguacates, las pitahayas y tanta variedad que había allá en su San José del Cabo. Ahora sólo quedaba un dulce recuerdo que ella siempre llevó en su corazón y que jamás volvió a ver ni sentir.

Pero la vida siguió su curso. Mi padre trabajaba en la construcción de la carretera Tecate a Mexicali. La familia se instaló en la avenida Libertad –hoy la calle Hidalgo–, que era en realidad la única calle que existía. Como casi toda la familia de mi mamá –incluyendo a mi abuela y los hermanos– vivían en San Diego, muy seguido venían a verlos y a persuadirlos de que se fueran para el otro lado con ellos o cuando menos a Tijuana para estar más cerca; pero mi padre nunca compartió la idea de irse al otro lado pues él tenía su propia filosofía de Estados Unidos y este país no iba con él: nunca le gustó la vida presionada, menos el racismo, que ya existía en el vecino país del norte, ya que mucha gente también había venido a California de Texas y Oklahoma

y siempre se observaba discriminación hacia los mexicanos y eso mi padre jamás lo aceptó.

Como a mediados del año 1917 mi padre se enfadó de ver que en esa carretera no había ningún progreso para él, de manera que optó por irse a Tijuana y llegaron con un hermano de mi madre que vivía en la calle Sexta, cerquita de la avenida Revolución. Tijuana estaba llena de turistas norteamericanos, había mucha influencia americana y como está tan cerquita de San Diego, la influencia era total. Los parientes de Estados Unidos venían muy seguido, inclusive un día propusieron hacer una casa para mis padres en Tijuana, también en la calle Sexta, pero mi padre no aceptó. Al contrario, raudos y veloces recogió sus pertenencias y en compañía de mi madre y sus hijos Jesús –ya estaba en la escuela–, Josefina, María y Miguel, volvieron a Tecate y se fueron a vivir a un rancho por el rumbo de la carretera a Mexicali, llamado San Javier. Allí creció la familia, pues nacieron Abel –en 1917– y Nacho –en 1918–, con lo cual aumentó a seis el número de hijos.

En 1920, la familia hizo su retorno al pueblo de Tecate. Ese año nació otra hermana –Elena–, y al siguiente, David. En 1923 nació Rosa.

La vida siguió su marcha. Mi padre, siempre con la idea de cultivar la tierra, de ser independiente y darle a sus hijos lo mejor, adquirió un terreno en Tanamá a unos kilómetros de Tecate. Su ilusión de tener un rancho al fin se cumplió y comenzó a adquirir ganado y sembrar trigo, maíz y frijol. Además compró unas vacas y varios caballos, y con ello inició para la familia Quiñones una época muy bonita: mucha unión familiar, amor y bienestar, comida en abundancia; además mis hermanos acudían a la escolita de Tanamá. También había en las cercanías un mineral, y mi madre encantada de haber nacido, con sus hijos y con mi padre.

El 30 de mayo de 1928 nació el benjamín de los Quiñones. Después de cinco años de ausencia de bebé en el hogar nació su servidor Fernando Quiñones Álvarez.

Un buen día, mi padre vendió el rancho de Tanamá para venirse al pueblo de Tecate, donde construyó nuestra primera casa. La recuerdo muy bien; estaba cerquita de la línea en la calle Madero esquina con Presidente Calles. Era una casa de madera con pisos de machimbre que brillaban. Yo me fascinaba viendo el brillo de esos pisos. Duramos poco ahí pues un buen día mi padre, por la afición al cultivo, nos llevó a vivir a un rancho de don Eufasio Santana en las afueras de Tecate. Allí estuvimos un tiempo y después mi padre se instaló en el rancho La Puerta, cerca del rancho de su amigo don Cipriano Federico, pero tiempo después también lo dejó y volvimos a nuestra casa de Tecate. Mi padre murió en el año de 1938.

## Una temprana afición

Desde niño comenzó mi afición por la música, pues mi hermano Jesús tocaba la guitarra y a mi padre le gustaba mucho cantar, así como a mis tíos paternos; casi todos fueron músicos allá en el sur de la Baja California. A mis hermanas *Chefina* y *María* mi padre las hacía cantar en las fiestas allá por el rancho de Tanamá, no en forma profesional, naturalmente. Cantaban corridos, canciones de amor y “contra de ellas” –como decía mi padre–. Eran las que se oían en toda la comarca. Me acuerdo yo de la primera canción que aprendí. Me la enseñó mi hermano, precisamente ahí en Tecate. Se llama *La mancornadora*. Dice: “Ando ausente del bien que adoré, apasionado por una mujer, sólo tomando disipo mis penas, con las copas llenas para divagar”, una canción muy bella.

Me acuerdo también de los bailes en Tecate; mis hermanas platicaban mucho de las fiestas. En ese tiempo se bailaban las cuadrillas, que era un baile que venía de Estados Unidos. Los bailes se hacían en un rancho cercano a Tecate y que era propiedad de don Luis Félix. Allí tocaba un grupo formado por mi cuñado Crispín Valle –quien se casó con mi hermana Josefina en 1933–, José Heredia, don *Pancho* Carbajal, don Gilberto Aguilar, a veces mi hermano Jesús y don *Pancho* Quezada, a quien también le gustaban las pachangas.

## La Euforia, una orquesta

Mi educación primaria fue en la Escuela Padre Kino, la única que había en Tecate (se encontraba enfrente de la cervecería), y allí aprendí a tocar la guitarra. Bueno, un poquito, pues en la casa mi hermano Jesús tenía guitarra y mis hermanos David, Nacho y Abel aprendieron a tocar también uno que otro tono. Yo los veía y fui dando mis primeros pasos.

En 1940, Carlos Velázquez, quien llegó como profesor de cuarto año y quien también era trompetista, organizó una orquesta en el pueblo. Yo empecé tocando la guitarra con el grupo. Fue la primera vez que tocaba la guitarra. Tocábamos danzones, boleros y los ritmos de esa época. La orquesta se llamaba La Euforia. Además de mí, la integraban José Ruiz, Pablo León, Daniel Melero, José Valle, Juan B. Quiñones –mi tío– y también de vez en cuando nos acompañaba en los tambores Rogelio Valenzuela. El director era el profesor Velázquez.

Era curioso, pero cuando se anunciaba que La Euforia iba a tocar nadie iba; decían que éramos muy malos, de manera que siempre tocábamos el “concierto soledad”. Además todos éramos “solistas”, pues siempre tocábamos solos; pero fuimos la primera orquesta de música y a mucho orgullo. En el Club Danubio Azul solamente nos contrataban si no conseguían música en Tijuana. Entonces sí llamaban a La Euforia. ¿Cómo ven?

Mi vida seguía su curso y yo soñaba con cantar y tocar la guitarra. Cuando llegaban los teatro-carpas –que en ese tiempo andaban por todas las fronteras y por todos los estados–, presentaban actos de comicidad y a veces hasta boxeo. Yo, que nunca había salido de Tecate, al ver esos teatros, esas variedades, me emocionaba y se me hacían super, especialmente cuando organizaban el concurso de aficionados. Casi siempre ganaba estos concursos porque toda mi palomilla y mis familiares estaban allí apoyándome, y siempre salía ganador.

Y así transcurría el tiempo. Para ese entonces yo ya cantaba mis boleros en serenatas y componía algunas cancioncitas, según yo, muy románticas.

Después de que terminé la primaria me sentí un poco triste pues muchos de mis amigos ya hablaban de irse a estudiar fuera de Tecate. Yo qué podía hacer si mi familia era tan pobre; no había dinero para salir ni para nada. Mis amigos me preguntaban qué iba a hacer con mi vida. Para ese tiempo mi padre ya había pasado a mejor vida.

Así, decidí estudiar telegrafía en el cuartel que estaba rumbo a la carretera que iba para Tanamá y el valle de Las Palmas, hoy la Colonia Militar. Pero dentro de mí yo sentía que de alguna manera en la música iba a tener alguna intervención, y algo me decía que ésa iba a ser mi carrera, y en mi tristeza sentía un consuelo cuando pensaba en eso.

Mi hermano Miguel era gerente ejecutivo de la Cantina Santana. Allí yo barría y hacía el aseo, lavaba botellas, regaba la calle y otros trabajos. Cuando llegó septiembre y muchos de mis amigos se fueron a la Poli, el Instituto Técnico Industrial de Tijuana,<sup>2</sup> algunos muchachos y yo nos quedamos en Tecate pues no pudimos ir a estudiar. Pero en el mes de octubre me llevé una gran sorpresa cuando una mañana me dijo mi hermano Miguel que me fuera a la Poli a alcanzar a los amigos, entre ellos el Poncho Angulo, Mario Brambila, los hermanos Melero, el Chava Rebelín y el Chava León. Sin embargo yo me puse un poco triste pues iba a ser la primera vez que salía de Tecate y dejaba a mi mamá, pero yo iba con mis cuates y eso me animaba.

Los primeros días en la Poli se me hicieron tristes pero después me aclimaté bastante. Después de estar en la escuela por un año, me comencé a dar mis escapadas por las noches para irme a cantar a un concurso de aficionados que se transmitía en la estación de radio XEAC, en el programa que dirigía Oswaldo Treviño, padre de René Treviño Arredondo. Me hacía llamar Fernando Álvarez para que no se dieran cuenta en Tecate y no se me armara la bronca. A mí me fascinaba mucho la radio.

En ese tiempo la situación de los maestros en la Poli se puso muy crítica, ya no les querían pagar y muchos se fueron. Esto sucedió en el segundo año de prevocacional. Ya nomás teníamos dos clases al día, de manera que era una pérdida de tiempo. Un buen día, el Poncho Angulo y este servidor nos salimos y volvimos a Tecate. A mi hermano Miguel no le gustó eso absolutamente nada. Él seguía con la cantina. También trabajaba ahí mi hermano David. Yo trabajé una temporada con ellos, pero a mí lo que me gustaba era tocar la guitarra con mis cuates. Muchos de ellos también se habían salido de la Poli y habían regresado. Nos la pasábamos de buen ambiente hasta que mi hermano Miguel me puso las cartas sobre la mesa. Habló conmigo y me dijo cuatro verdades que hoy comprendo. Y me acuerdo muy bien que me dijo que con la guitarrita no iba a llegar a nada. Eso, en vez de enojarme, me motivó para reaccionar y comprender que era tiempo de actuar y no de hablar ni soñar. Sabía que la música tarde o temprano sería mi solución.

<sup>2</sup>Fundado por el general Lázaro Cárdenas en las instalaciones del Casino Agua Caliente. Sobre esta institución puede verse el libro de Sánchez Espinoza, *Recuerdos*, Tijuana, B.C., Instituto Municipal de Arte y Cultura, 1998.

## Los Maniceros y Toña la Prieta

Por lo pronto decidí trabajar en la Cervecería Tecate, que seguía en construcción (fue fundada en 1943). Su dueño era don Alberto Aldrete. En esa época vino mucha gente de Mazatlán y de otras partes de Sinaloa a trabajar; la cervecería empleaba a mucha gente. Cuando entré a trabajar en la fábrica de cerveza no me tocó planta, pero por influencia de don Pepe Osuna, un gran amigo, me dieron el trabajo. Después el señor Efraín Ferreiro abrió un lugar que se llamaba El Mocambo, que estaba por la calle Cárdenas frente al cine. Ahí don Efraín me dio chanza de que cantara con un grupito que habíamos formado y que se llamaba Los Maniceros. Traíamos una cantante que le llamábamos Toña la Prieta, una negrita que hasta la fecha no sé ni de dónde vino.

Era pura felicidad. Trabajar y cantar ahí en El Mocambo era pura vida. Allí tocábamos y nos iba muy bien. El grupo lo formábamos: "su servilleta", José Melero, Enoch Carrillo, Anselmo Bretado, Goyo Hernández y el Camotes; pero después vino un muchacho, un contador que se llamaba Eusebio Lozano, al que le decíamos Benito Juárez porque era mucho el parecido.

Las canciones que más nos pedían eran un bolero: *Has vuelto*, y las huarachas que andaban de moda: *Shampoo de cariño*, *Dice mi gallo* y, sobre todo, *El sauce y la palma* y *El quelite*. Esas canciones las trabajábamos porque casi pura gente de Sinaloa iba a El Mocambo y nos las pedían. Además la familia Ferreiro, los dueños, eran de aquel estado.

Muy seguido una familia de apellido Valverde nos llevaba a tocar a San Diego. De ahí a veces nos íbamos a Tijuana. Una vez, después de que tocamos en el otro lado, nos llevaron a Tijuana a una fiesta en la colonia Cacho. Era una pachanga pero de esas buenas. Como no llevamos piano tocamos con un acordeón y los demás instrumentos; pero después de la fiesta, ya como a las tres de la mañana, nos agarró una lluvia terrible. El señor nos regaló un galón de Bacardí, pues ahí con ese trago entrábamos en los charcos y como el licor todo lo cura, no nos hizo nada el chubasco y amanecimos perfectamente bien.

## La calle Olvera

Pero dice el refrán que todo lo que empieza termina. El Mocambo comenzó a decaer y como yo quería probar suerte y no estar perdiendo el tiempo, junto con mi amigo Anselmo, el bongocero del grupo, una tarde decidimos hacer una gira a Los Ángeles. Para eso pensamos en buscar a mi tío Ricardo Quiñones, quien vivía en esa ciudad y también fue artista en su tiempo –trabajó al lado de Manuel Medel en el Teatro Maison, un lugar donde se presentaban variedades en Los Ángeles–. Mi tío conocía algunos dueños de cabarets y yo suponía que nos iba a recomendar. Así, hicimos maletas y una tarde nos trasladamos hacia aquella ciudad. Por angas o por mangas, a mí se me olvidaron la dirección y el teléfono de mi tío. Total que no lo pudimos ver, pero me acordaba de que me había dicho que ahí en el centro, al empezar el parque, había una calle que se llamaba Olvera, donde había muchos cabarets, muchos *night clubs*. Bueno, pues llegamos a Los Ángeles y nos hospedamos en un hotel en el Sunset Boulevard, cerca de la calle Main, a un lado de una iglesia y de la placita, y entonces comenzamos a buscar dónde cantar. Nos fuimos a la calle Olvera y pues sí, efectivamente había muchos restaurantes, entre otros El Paseo y uno que se llamaba La Golondrina. La dueña de La Golondrina se interesó en mi canto y casi nos dijo que nos iba a dar un contrato. Seguimos buscando trabajo pero al no encontrar más volvimos a La Golondrina y me dijo la señora que si quería trabajar. Como ya hasta nos iban a correr del hotel, dije que sí aceptábamos. Pues ahí viene otra puñalada trapera de la vida, otro golpe del destino. Precisamente la tarde de mi debut, cuando ya no nos quedaba nada de dinero, ni nada para comer, llegó la Unión de Artistas, pues un mesero-cantante nos había puesto el dedo, denunciándonos. De manera que como yo era menor de edad y no tenía papeles de trabajo me mandaron por un tubo y ahí comenzó el problema.

Sin trabajo, sin dinero ni para un café, con un dólar que nos quedaba, esa noche nos metimos a dormir en un cine de esos que abrían toda la noche. Yo estaba bien chavalo; la primera noche pues no me hizo nada, pero sí me atormentaba la idea de morir de hambre y me acordaba de Tecate y de las comidas y las tortillitas de mi mamá. Después de que cerraron el cine a las cinco y media de la mañana, caminamos por la calle Main y mirábamos en los restaurantes a la gente tomando café. Imagínen-se nomás qué sufrimiento.

Al día siguiente nos fuimos a la placita Olvera. El señor del hotel donde habíamos estado se portó muy bien y nos propuso guardarnos los velices para que no anduviéramos con ellos en la calle pues a lo mejor nos metían al bote o alguna cosa. De manera que dejando las maletas tuvimos todo el tiempo para andar ese día. Total que nos la pasamos en la placita y me acuerdo que nos comimos unas cáscaras de naranja porque ya el hambre nos andaba castigando. Yo me dije que debía volver a Tecate pero ¿cómo? y sin la dirección ni el teléfono de mi tío. ¿Cómo conseguir dinero para regresarnos? Entonces la única esperanza para volver a Tecate era encontrar a la hermana de Anselmo, quien también vivía en Los Ángeles y trabajaba en una fábrica de ropa.

Esa tarde nos fuimos a la calle Cinco y Main para ver si mirábamos a *Chayo*, pero eso no sucedió. De manera que la única solución para pasar la noche era volver al cine pero ya no teníamos dinero para pagar la entrada. A mi amigo Anselmo se le ocurrió meterse en un billar a apostar. A Anselmo sí lo dejaban entrar en esos lugares pues tenía 24 o 25 años; yo me escabullí y entré con él. Anselmo comenzó a jugar con unos filipinos y ganó como 15 dólares. Con ese dinero nos fuimos a comer, fuimos al hotel y platicamos con el señor y nos dio chanza de echar una pestañeada.

## El box y el beis

Después de nuestra gira artística –yo diría hambrística– regresamos a nuestro Tecate. A mí se me hizo tan bonito, especialmente cuando mi madrecita me dio tan cordial bienvenida, con su cariño, su amor que siempre me tuvo. Esa tarde comprendí el cariño que se siente por la persona que te dio el ser y que te ha llevado siempre por el camino del bien. Me dio gusto llegar a mi casa y, sobre todo, comer tan sabroso aquella comida que mi madre y mis hermanos me ofrecían.

Tecate, siempre alegre. Cuando menos a mí se me hacía. Mucha gente había llegado, pues la cervecería daba trabajo a muchísimas personas. Como dije, especialmente llegaron muchos de Sinaloa. Los dueños, los señores Aldrete, don Alberto y sus hijos, eran unas personas muy amables, y uno de ellos, Alfredo, se había casado con una mujer muy bella que era precisamente de Mazatlán, Sinaloa, y naturalmente que favorecía a sus paisanos. Los Aldrete eran muy deportistas, todos ellos habían sido criados en Estados Unidos, de manera que muy pronto en Tecate empezó a destacar el beisbol y el boxeo. Inclusive los Aldrete tenían contratados a los mejores peloteros del estado, incluyendo a miembros de un equipo campeón nacional procedentes de Tijuana. El equipo se llamaba el México Nippon. Entre ellos me acuerdo de un *pitcher* muy bueno, mi gran amigo Alejandro Garcilia; también jugaban los hermanos Mariano y Jesús Higuera, la *Liebre*; el *Dabique* Robinson y la *Chueca* Hernández, ambos de Mexicali, así como mi primo Daniel Álvarez, de Tijuana. El campo de beisbol estaba en muy buenas condiciones. Se encontraba al norte de la calle Libertad –hoy la calle Hidalgo–, enfrente de las cantinas de don Eufasio y Roque Santana, donde trabajaba mi hermano Miguel. En boxeo destacaban: Vicente Villavicencio, un gran boxeador que fue campeón de México, al que le llamaban el *Toro Bajacaliforniano*; Gregorio Escalona, alias el *Chilacas*; el *Torito* Ramos; también había un entrenador de box olímpico, don Renato Torres. Había un gran auge deportivo en Tecate.

## Las fiestas de los Aldrete

En Tecate se hacían grandes fiestas en aquellos años. Precisamente en la casa de los señores Aldrete tenían lugar los mejores reventones. Ahí llegaban todos los artistas de México después de actuar en Tijuana, ya que en ese tiempo en Tijuana había muy bonitos *night clubs*. Recuerdo en especial El Castillo y otro que se llama el Tropics. Allí llegaba lo mejor de México: don Pedro Vargas, Toña La Negra... de ese calibre eran los artistas que iban a tocar a las fiestas de los Aldrete. Además se invitaba a bandas sinaloenses ya que les gustaba mucho esa música, en especial canciones como *El quelite* y *El sauce y la palma*. Yo nunca pude entrar en una de esas fiestas, aunque me moría de ganas de verlos ya que me gustaba tanto la *artisteada*. Quise entrar pero nunca se me concedió.

Después de regresar de Los Ángeles, me juntaba con mis cuates en el Parque Hidalgo. Ése era el punto de reunión después de las cinco de la tarde. Nos veíamos en la esquina del Cine Tecate para cotorrear y mirar a las chavas que pasaban y después, a lo mejor, llevarles una serenata o embarcarnos en un reventón bohemio con la guitarra y canciones. Esto era puritita vida. Con el correr del tiempo llegó un cuate que tocaba muy bien la guitarra. Se apellidaba Mejía. Se unió con Anselmo y conmigo y formamos un trío. Tocábamos en serenatas, en algunas fiestas y para algún cliente que nos llevaba a dar una serenata. Con eso yo controlaba más o menos mi situación económica. Muy seguido nos buscaba un señor, uno de los pioneros de Tecate, don Manuel Downey. Por cierto una vez nos corrió de su casa porque le andábamos volando a dos muchachas que vivían allí. Las andábamos enamorando y don Manuel se enojó y nos sacó un cuchillo. Nunca se me olvida esa anécdota.

También entre la gente nueva que llegó a Tecate se encontraba un señor joven que había sido cantante en su tiempo y estaba trabajando en la cervecería como chofer. Se llamaba *Pancho Vázquez* y era un magnífico cantante a quien yo admiraba mucho. Siempre andaba buscándolo para ver qué consejo me daba para la carrera artística. Otro cantante que llegó a Tecate y quien ya había estado en México, D.F., en la XEW y había ganado un concurso de aficionados, fue *Chuy Ramos*. Con él conversaba mucho y siempre me daba consejos para el canto y toda esa cosa. Yo junto a ellos era un aprendiz de cantante. Ni a eso llegaba siquiera, pero quería que me pasaran algunos consejos.

## El Tecolote

Los señores Aldrete le estaban dando una gran promoción a la cervecería, pero también eran dueños de unos *cabarets* en Ensenada y otro en Mexicali. Éste era un casino bien bonito. Se llamaba El Tecolote. De ahí se transmitía un control remoto por radio XECL y a Tijuana llegaba por la XCBG.

El señor Alfredo Aldrete mandó a *Pancho* Vázquez con un contrato para cantar en El Tecolote. Por el control remoto, en Tecate todos lo pudimos escuchar en la radio. Con eso comenzó la palomilla a darme carrilla, me decían que yo era un chafa, que me estaban haciendo de menos, que me estaban discriminando. A mí, que era nativo de Tecate, no me daban oportunidad de ir a cantar a Mexicali como se la habían dado a *Pancho* y cosas así me decían. Me impacientaba, pero pues reconocía que no era cantante; apenas era un aficionado y *Pancho* ya era un gran cantante con reconocimiento. Inclusive ya había cantado en el Hotel Rosarito y en Estados Unidos.

Yo había conocido al señor Alfredo Aldrete en el matrimonio de un vecino y amigo de la familia, Armando Aguilar, quien con el tiempo fue presidente municipal de Tecate.<sup>3</sup> En esa ocasión canté algunas canciones y don Alfredo me dijo que tenía buena voz y que él tenía muchas conexiones en Los Ángeles. Inclusive, que él era amigo de Nat King Cole y que si algo se me ofrecía, lo buscara. Como no quería dejar pasar la oportunidad, pensé en ir a buscarlo a la cervecería y pedirle ayuda; pero no me animaba. La palomilla me seguía haciendo bromas y la carrilla era más fuerte, hasta que una tarde no aguanté y me fui muy macho a la oficina de don Alfredo –ahora me da risa–. Mi cuñada Venturina Palacios era la recepcionista. Como no quería comprometerla, esperé que alguien abriera la puerta del pasillo y me colé. La oficina de don Alfredo era la primera, y por buena suerte estaba solo. Como era una persona muy agradable y muy amable, al verme se acordó de mí y me dio el paso. Yo estaba seguro de que no me iba a dar la oportunidad, especialmente en un lugar tan de lujo e importante como El Tecolote; pensaba que quizá me ofrecería una oportunidad en un comercial de radio en Tijuana cantando con mariachi en la propaganda de la cerveza Tecate. Entré en la oficina, hablamos, y le dije que acababa de regresar de una gira por Los Ángeles y que me había ido super (puras mentiras), pero que andaba

<sup>3</sup> Armando Aguilar Avilés fue presidente municipal de Tecate en el periodo 1956-1959.

buscando dónde presentarme. El señor Aldrete tomó el teléfono y ordenó que lo comunicaran con el señor Gutiérrez de El Tecolote. No se me olvida hasta la fecha. Hablaron y finalmente le dijo que le iba a mandar a un cantante para que lo pusiera en la variedad. Cuando oí esto sentí que el mundo se acababa, casi me quedé sin habla, pero ni modo, no me iba a rajar. No pensé nada y rápido regresé a mi casa pues esa misma noche tenía que salir. Les avisé a mi mamá y a mis hermanos y cogí mi trajecito negro, unas camisitas blancas, unas corbatitas y otra ropita: un saco *sport* nuevecito que había comprado mi hermano Abel en Los Ángeles, California.

Así me fui a Mexicali, donde ya me estaban esperando. Al día siguiente llegué al ensayo. Los músicos me pidieron las orquestaciones de mis canciones. “¿Cuáles?”, dije yo para mí, ni las conocía. Total que canté la música que ellos tocaban, como eran: *Tres palabras*, *Conozco a los dos*, *Amor*, *No vuelvo contigo* y otras. Después del ensayo me fui para el hotel, pero al pasar por una cantina oí un piano tocar muy bonito, entré y me fui directo a la barra, y aunque todavía no cumplía los 18 años, ordené un tequila creyéndome la mamá de Tarzán. De pronto se me acercó un señor, que resultó ser el bajista de la orquesta de El Tecolote y hablamos. Le conté mi situación y me dijo: “Yo te voy a ayudar”. Me confesó que él nunca había creído todo el rollo que eché sobre las orquestaciones y el equipaje que según esto estaba en Los Ángeles. Me dijo que también había sido cantante y sabía la movida: “Ahora que soy profesional y con los años de experiencia he aprendido muchas cosas de ese asunto”.

La noche del debut fue una noche difícil, por los nervios, los sudores y, por qué no decir, el miedo; pero gracias a Dios sobreviví, quién sabe cómo pero sobreviví por dos semanas cantando en ese *cabaret*. El maestro de ceremonias era el *Negro* Denys, a quien después conocí. Me acuerdo de que yo estaba tan niño y tan menso que las bailarinas de El Tecolote me vacilaban mucho. Eran bien bonitas. Fíjense que me ponían a que les subiera el *zipper* de sus vestidos. En ésas era sudar de puritita vergüenza, raza. Y así me la pasaba.

## En la XCBG

Terminó mi contrato en El Tecolote, en Mexicali, y me fui a Tijuana, donde el señor Mario Sánchez Mayáns, a quien agradezco y recuerdo, me dio un programa en la XCBG. Mi pianista acompañante era el cieguito Adrián Márquez. La estación estaba por la colonia Libertad. A veces nos íbamos a pie desde la colonia Cacho. Yo tenía que llevar y traer a Adrián a su casa, pero eso me divertía. El locutor del programa era un sudbajacaliforniano, declamador –muy buena gente, por cierto–, el señor José Alan Gorozabe, de la puritita Santa Rosalía. Los patrocinadores del programa eran los productos 1,100 de Los Ángeles y mi sueldo era de 10 dólares a la semana. Por buena suerte yo vivía en la calle Seis, cerca de la Revolución, en casa de mi hermano Jesús, que era el que me daba para todos los gastos, si no pues me hubiera llevado el tren.

En ese tiempo andaba de moda un bolero con mariachi que se llamaba *No me vuelvo a enamorar*, cantado por otro bajacaliforniano, Anselmo Alvarado, a quien también después tuve el gusto de conocer. Después de salir de la radio, Adrián y yo recorriamos la avenida Revolución porque nos gustaba tocar y cantar con las orquestas de los *cabarets*. Íbamos mucho al hotel a oír cantar al *Che* Luis y al *Pibe* Villacorta. El *Che* Luis era un muchacho que cantaba tangos, de quien con el tiempo también me hice buen amigo.

La situación en Tijuana no progresaba, y con 10 dólares a la semana pues no me alcanzaba para nada, y además se terminó el programa. De manera que regresé nuevamente a Tecate. Allí, con serenatas y algunos trabajos que hacíamos en el día, más o menos salía para seguir cotorreando. Además mi hermano Miguel había abierto una tienda de abarrotes que se llamaba La Proveedora, donde trabajábamos mis hermanas Elena y Rosa y este servidor. Yo lo hacía por la mañana y ellas por la tarde. Me gustaba ese horario porque me quedaba tiempo para juntarme con cuates y que siguiera la misma rutina, con el mismo reventón.

Y así transcurría el tiempo. Un día acababa de comer y me encontraba acostado en el porche de la casa, encantado de haber nacido, cuando llegó un cuate que trabajaba en el Cine Tecate: Remigio Velázquez. Me dijo que me hablaban del cine, que una persona quería verme con urgencia. Raudo y como tapón de botella de champán me fui a ver a esa persona. Cuál sería mi sorpresa que en el escenario estaba nada más ni nada menos que la trágica del cine nacional, doña Isabela Corona, con su compa-

ña, que acababa de llegar a presentarse en Tecate. Ella quería oírme cantar pues alguien me había recomendado allá en Mexicali, y como su cantante se había enfermado y se regresaría al Distrito Federal, quería que yo cantara en su compañía. Enseñada el pianista comenzó a tocar y la señora me dijo: “Ándele, pues, súbase al escenario y cántenos algo”. Y lo hice; lo hice más o menos. Ella dijo que cantaba muy bien, que tenía buena voz, y me ofreció trabajo. Ya se podrán imaginar ustedes mi felicidad de trabajar con la compañía de Isabela Corona. Cuando debuté, el cine-teatro estaba lleno; todos mis amigazos, toda mi palomilla, mi familia entera y los vecinos, todos acudieron a verme: estaban contentos de que Fernando, el tecatense, se fuera con la compañía de Isabela Corona.

Salimos a recorrer el estado y parte de Sonora. Íbamos de pueblo en pueblo. Después estábamos a punto de ir a Los Ángeles, pero no se hizo; sin embargo yo sentía algo raro por Los Ángeles. Allá como que tampoco me querían mucho. Finalmente se canceló la gira y la compañía regresó al Distrito Federal. Con la compañía andaba Ramón Gay, un joven actor que me insistía en que me fuera para México, D.F., que allá había mucho porvenir para mí –el canto y eso– pero no, no me animé.

En el mes de agosto de 1947 terminó la gira y regresé a Tecate. Entre los miembros de mi pandilla había un cuate, *Goyito* Sánchez, quien era boxeador y que tenía una tía en San Francisco, California. Un día la tía llegó a visitar a la familia de mi amigo. Con ella venía una mujer muy bonita, una pelirroja, de manera que fuimos a cantarle. Me hice muy amigo de ella y me dijo que en San Francisco había una orquesta latina que era lo máximo y que yo debería ir allá, a tratar de ingresar en esa organización. Sin embargo, como ya había tenido la mala experiencia de Los Ángeles, no me atrevía. Pero los milagros y coincidencias suelen pasar: en septiembre, el día 15, para ser exacto, el día de las fiestas patrias, del grito de independencia, los tíos de mi amigo Anselmo llegaron también de San Francisco a pasar unas vacaciones. Fuimos a cantar a su casa porque su hermana les ofreció una pequeña fiesta, muy mexicana. Estuvimos cantando. Entonces el tío de Anselmo me volvió a decir que en San Francisco había una orquesta muy buena y que me debería ir para allá. Además, me dijo que él conocía a una persona que podía introducirme con don Merced Gallegos, el dueño y director de la orquesta. Hasta se ofreció a llevarnos en su automóvil para allá. Pues dicho y hecho, al otro día, el sábado 16 de septiembre de 1947, abandoné Tecate y me fui a San Francisco: “Y agárrate, San Francisco, porque ahí va Fernando Quiñones de Tecate”.

## Una salida patriótica

Así, después de haber estado muy contentos la noche del 15, partí de nuevo a Estados Unidos. Acomodé mi ropita, mi trajecito, mis corbatitas y una que otra partitura musical – piano– que había comprado por aquel entonces. Y luego, como a eso de las 3:00 de la tarde, emprendimos el viaje a San Francisco. Antes de cruzar la frontera yo volteé para atrás, vi la Iglesia de Guadalupe y le pedí a la Virgen que me ayudara para poder triunfar y conseguir un trabajo allá en San Francisco.

Anselmo iba también bien contento porque nos dirigíamos a San Francisco. Sus tíos nos contaban de la famosa orquesta y puras cosas bonitas de por allá. Pasamos la frontera y comenzamos a “caminar”. Cuando pasamos por Los Ángeles ya iba a anochecer; eran como las 5:00 o las 6:00 de la tarde. Por las ventanillas del carro volteé y miré a Los Ángeles, y me acordé de todas las hambreadas que nos dimos ahí y me dije: “Algún día volveré pero en otra condición. Volveré pero con mi música, con mi propia música, para que vean que Fernando Quiñones también tiene música y puede cantar y componer”.

Caminamos y caminamos por el *freeway* 99, llegaron las 12:00 de la noche, la 1:00 de la mañana, y camine y camine. Nos paramos a cenar no sé en dónde. Entonces, muy tempranito, como a eso de las 5:00 de la mañana, yo iba bien dormido y de repente Anselmo me despertó y me dijo: “Oye, vamos llegando a San Francisco”. ¡Qué belleza! Despertamos precisamente al ir cruzando el gran puente de la bahía, el Bay Bridge. Abrí los ojos y vi aquello tan hermoso, una hermosura de ciudad, todas las luces como que me decían: “Bienvenido a San Francisco”. Sentí en mi corazón que algo me iba a acontecer en esa ciudad; que mi destino estaba en San Francisco; que allí me esperaban cosas muy buenas; sentí una sensación de alivio al llegar.

Pasamos el puente, caminamos por toda la calle Mission hasta que llegamos a la supuesta casa de los tíos de Anselmo, en el pleno centro de San Francisco, en la pura calle Seis y Howard, cerquita de la Market, la calle principal.

Al día siguiente nos levantamos y nos dimos cuenta de que habíamos pasado la noche en una maquiladora, una fábrica de ropa. Resultó que la tía de Anselmo era muy famosa como costurera en San Francisco, y tenía esa tienda que hacía vestidos de novia y otras prendas muy bonitas: era una fábrica bien equipada. Por la mañana salimos a caminar. A mí se me hacía aquello algo maravilloso. Imagínese usted, yo

impuesto a Tecate, aquel pueblito chiquito, y llego a una ciudad que se me hacía inmensa. A la vuelta de la esquina había muchas tiendas de ropa –por cierto yo era muy aficionado a la buena ropa porque siempre me gustó vestir bien, aunque la verdad nunca tuve cómo comprarla, pero allí me hice tantas ilusiones al ver los aparadores.

Recuerdo algo muy curioso: yo no hablaba mucho inglés pero sabía que *sing* quería decir cantar, pero había otra palabra que casi se escribe igual, *sign*, y que quiere decir anuncio o rótulo. Por todos lados había rótulos en los que se leía *sign* pero yo veía *sing*. Entonces pensé: “Cuántos lugares para cantar”. Yo miré muchos muchos rótulos de esa clase y dije: “¡Qué bárbaro!, pues aquí hay muchos lugares dónde cantar”.

La segunda noche en San Francisco, los tíos de Anselmo inmediatamente nos llevaron a una fiesta. San Francisco era una ciudad muy alegre, una cosa distinta a Los Ángeles, pues aunque allá había mucha raza mexicana, muchos compatriotas, San Francisco era distinto; era una ciudad completamente cosmopolita: mucho nicaragüense, salvadoreño, venezolano, peruano, argentino, de todas las nacionalidades. La fiesta de esa noche fue de mexicanos y todo estuvo muy bonito. Inmediatamente vino la guitarra y a cantar y a conocer mucha gente. Pura, pero pura belleza y pura vida; el mero reventón. ¡Qué bárbaro! Estábamos encantados de haber nacido. En ese tiempo se hacían las fiestas entre semana, y no crea usted que fiestecitas que duraban hasta las 11:00 de la noche. No, señor, hasta las 5:00 o 6:00 de la mañana, y de baile y todo porque en ese tiempo estaba de moda bailar con discos: había fiestas dondequiera con música mexicana. Ésto era casi todo lo que se escuchaba en el norte de California. Música de otras partes casi no se oía: puro artista mexicano. Por eso es que la orquesta de don Merced Gallegos, la orquesta en la que yo quería ingresar, era la mera mera de San Francisco. Inclusive para ese tiempo ya estaba grabando discos. Eso me motivó más.

## Desde el techo

Y así siguieron los días. Empezamos a buscar trabajo juntándonos con dos amigos tecatenses: *Pancho* y Guillermo. Al primero que le dieron fue a Anselmo. Lo aceptaron en la construcción poniendo techos. Yo me dije: “¿En qué chambeo?”, y decidí entrarle también a poner techos. Sin embargo, el primer día que me presenté a trabajar me dijeron: “No, usted se queda acá abajo”. Era un edificio como de seis o siete pisos; por medio de una rondanilla había que jalar la brea para que subiera y así poder echar los techos. Allá arriba había casi puros trabajadores americanos y sólo mis tres amigos mexicanos. Ellos me indicaban: “Cuando escuches ‘hot’, manda el balde con brea caliente para arriba”. Al mismo tiempo tenía que estar atizando el fogón para que la brea estuviera caliente. Como a la media hora de empezar a atizar me gritaron: “¡Hot!” pero yo entendí que me decían “what?”, y otra vez “hot” y yo “what?”; total que la brea se enfrió y a las cuatro horas ya me habían mandado a volar: me corrieron.

Pero pues ni modo, tenía que trabajar, así es que seguí buscando. Además resultaba atractivo cualquier trabajo, pues en ese tiempo los sueldos eran muy buenos. Conseguí empleo en una fábrica de cigarros: imagínese usted, yo ni fumaba todavía y entrar a trabajar donde se hacían cigarros. Hasta eso, se trataba de los Chesterfield, famosos durante la Segunda Guerra. Bueno, pues ahí voy muy ilusionado pero era una carrilla bárbara, un sangrero que me salió de las narices por el olor del tabaco y el polvo que allí había. Dije: “Aquí tampoco”. Ganaba 50 centavos por hora, con lo cual sacaría unos 23 o 24 dólares a la semana con los *tax* que me quitarían, pero la carrilla estaba muy dura.

Una noche dije: “Yo no vuelvo a trabajar más” y me fui a un barrio cercano y que veo una cantina mexicana: La Adelita. Entré y estaba una señora cantando con la guitarra. ¡Le estaban lloviendo las propinas! Pensé: “Híjole, pues aquí está la papa”. Conseguí una guitarrita y fui al día siguiente. Le pregunté al encargado que si me daba oportunidad de cantar. “Sí –dijo–, mira, si quieres entra a trabajar”, y bueno, pues ahí comencé a cantar: más me gustó la cantada. Dije: “N’ombre, pues aquí esta refácil”; sacaba más que en los Chesterfield.

## Con la orquesta de Merced Gallegos

Me fue muy bien en La Adelita, pero duré poco porque como a los cuatro días de estar ahí me dijo el señor Quintero que ya tenía la entrevista con el señor Merced Gallegos. Al día siguiente me puse mi trajecito y toda la cosa, tomé la guitarrita y ahí vamos a casa del señor Gallegos: una residencia bien bonita en el Barrio de la Mission, el barrio latino. Para entonces ya había escuchado a la orquesta, que estaba compuesta como por unos 15 músicos y tres cantantes. Casi todos los músicos eran americanos, con excepción de uno, de don Merced y de las tres cantantes. Tocaba rebonito y traía todo lo moderno de esos tiempos: huarachas, boleros, mucho danzón... ¡no, hombre!, una belleza de orquesta.

Estaba bien emocionado, pero pensé: “Qué bárbaro, qué lindo tocan. Para cantar con esta orquesta está duro”. Bueno, pues llegamos a casa del señor Gallegos. Él mismo nos recibió: andaba con una especie de chaqueta de charro, muy elegante y toda la cosa. Entonces ya me presentó a su representante, quien además era su esposa —se llamaba Mimí—, y me hicieron una prueba con la guitarra. Les canté unas canciones y me dijeron: “Pues sí, fíjese que está bien su voz. Nos gusta su voz, pero desgraciadamente ahorita tenemos a un cantante, Humberto Villarreal, que es de Texas, pero creo que se va a ir, no estoy muy seguro, pero en caso de que él se vaya nosotros le hablamos”. Pero yo les dije: “Es que yo me voy a regresar a Tecate”. La verdad ya me pensaba regresar. El viaje a San Francisco era para ver cómo estaba el ambiente por allá; no quería que me fuera a suceder lo mismo que en Los Ángeles: esa gira “hambrística” que no se me olvida.

Al ver mi reacción el señor Gallegos me dijo que fuera a ver a la orquesta para ver si podía cantar algo y cómo me oía acompañado. Llegó el sábado, me vestí bien y me fui al lugar donde se presentaba la orquesta en la calle Seis, a una cuadra de la Market Street, cerquita del teatro Golden Gate, donde se presentaban las variedades más grandes de Estados Unidos, y que por cierto tenía un escenario que flotaba. Una belleza. Bueno, pues ese sábado llegué con mi trajecito. En el lugar había como 1 500 parejas. Yo estaba un poco nerviosón: ¡imagínense, iba impuesto a tocar con una guitarrita y un tambor en Tecate y de pronto enfrentarme con una orquesta de 15 músicos! De manera que fue algo imponente cantar con ellos. Ese baile fue una belleza, pura alegría. Era muy familiar el ambiente, pues en ese tiempo las mamás acompa-

ñaban a sus hijas y se cantaba pura canción bonita. La primera canción que me pidió Merced Gallegos que le cantara fue *Nochecita*. Por suerte esa canción me la sabía muy bien y gracias a Dios también me salió bien. Al señor Gallegos le gustó mi interpretación y dijo que en caso de que el señor Villarreal, su cantante, se le fuera, me iba a hablar. Estaba yo muy contento: había muchas muchachas y estuve bailando. ¡Qué bárbaro! Al terminar la fiesta nos fuimos a la casa de los señores Bretado y ya como a los tres o cuatro días emprendimos el viaje una vez más para Tecate.

Cuando partí sentí gran tristeza, pero al mismo tiempo alegría, pues algo me anunciaba que volvería a San Francisco y vería de nuevo el puente de la bahía, el Bay Bridge, y desde ahí el puente de la puerta de oro, o sea, el Golden Gate, los carritos de cable y tanta gente bella y buena que había en esa ciudad y que dejaba. También me despedí de mi amiga, aquella pelirroja que conocí en Tecate, y que trabajaba en una de las tiendas más elegantes: el Emporium de la calle Market —la calle principal—, distribuyendo los perfumes Tabú. Ella me ayudó a conocer la ciudad. Incluso me había hablado de la posibilidad de hacer unos comerciales de los perfumes, pero eso nomás se quedó en plática. En fin, la noche del 18 de octubre de 1947 tomé el Greyhound —el *bus*— a Tecate.

Llegué una tarde muy bonita, encantado de volver con mi madrecita y con mis hermanos, con todos mis sobrinos y la palomilla. Ellos también estaban contentos de recibirme. Siguiéron las noches y tardes bohémias, reuniéndonos la palomilla, como siempre, en el Parque Hidalgo y en el viejo Cine Tecate. A veces, durante el día, hacíamos trabajos con Mario Brambila y Anselmo, quienes eran carpinteros. En realidad yo les ayudaba sólo para sacar algún dinero y poder seguir en el reventón. Además salían serenatas, pues la guitarra de Fernando era popular y siempre había enamorados que querían “serenatear” a sus novias y a sus seres queridos.

Recuerdo que durante la Segunda Guerra Mundial, entre 1941 y 1945, se compusieron muy bonitas canciones referentes al conflicto. Canciones que eran parte de nuestro repertorio y que cantábamos en las pachangas y todo eso, como la despedida aquella que decía: “Vengo a decir adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra”; otra que se llamaba *El adiós del marino* y que decía: “Adiós dijo un soldado al pie de su ventana”, y otras de ese tipo. También el danzón *Juárez*, el *Nereidas* y el *Almendra* eran bien famosos. Además, los boleros *Nochecita*, *Has vuelto*, *Aunque tengas razón*, *Qué me importa*, *Sentencia*, *Morenita mía*, eran éxitos en esos tiempos, y desde luego se tocaba mucha música de Agustín Lara.

Una tarde de noviembre estábamos, como siempre, reunidos en el parque. Había un clima muy templado, casi veraniego a pesar de ser otoño. Estábamos cotorreando,

entre otros amigos, Mario Brambila, los hermanos Acevedo y los Melero. Al paso de las horas decidimos irnos a hacer una lunada a un rancho cercano propiedad de los Acevedo, de manera que nos llevamos la guitarra, las maracas y los bongoes, además de unas botellas de vino para disfrutar de la pachanga. Por cierto, esa noche salió la luna, la luna de noviembre, no la de octubre. Allí en el rancho, entre canciones y canciones bravías y boleros románticos, nos divertimos a morir, y tanto nos animamos que hasta jineteamos becerros y le hicimos ahí al toreo y toda la cosa. Así pasaron las horas sin darnos cuenta. Como a las 7:00 de la mañana oímos el silbato de la cervecería. Me dije: “En la torre, se me va a armar la bronca en mi casa”, pero a consecuencia de los vinos que habíamos tomado, el dolor de cabeza era bastante marca diablo, total que con la cruda que traía fui llegando a mi casa como a las 9:00 de la mañana. Mi madrecita, mortificada, me dio un jalón de orejas pero también me dijo que me había llegado una carta. No le hice mucho caso y me acosté a dormir. Cuando me levanté, mi viejita me dio la carta ¿y qué creen? Era una carta de don Merced Gallegos, de San Francisco, donde me mandaba un contrato para irme a trabajar de cantante con la orquesta. Un contrato de seis meses. De manera que no estuvo todo tan malo: valió la pena el dolor de cabeza.

## Glosario

- ARMAR LA BRONCA. Provocar problemas (modismo, m.).  
BEISBOL, BEIS. Juego de pelota.  
BILIMBIQUES. Dinero falso, sin valor.  
BUS. Camión.  
CARRILLA. Burla (m.).  
CHAFÁ. Corriente (m.).  
CHAMBEO, CHAMBEAR. Trabajar (m.).  
COTORREAR. Platicar (m.).  
FREEWAY. Autopista.  
GITTEBUG. Tipo de baile de los cuarenta.  
GREYHOUND. Línea de camiones en Estados Unidos.  
HOT. Caliente.  
LUNADA. Fiesta nocturna.  
MACHIMBRE. Tipo de trabajo en madera.  
MANDADO A VOLAR. Despedir (m.).  
MARCA DIABLO. Algo negativo, superlativo (m.).  
MOVIDA. Asunto (m.).  
NIGHT CLUBS. Centros nocturnos.  
PACHANGAS. Fiestas (m.).  
PACHUCOS. Personaje de origen mexicano-americano de los años cuarenta y cincuenta.  
PALOMILLA. Grupo de amigos (m.).  
PITCHER. Lanzador del juego de pelota.  
PORCHE. Entrada adosada a un edificio, cubierta con un techo separado.  
PROGRAMA DE BRACEROS. Acuerdo Internacional sobre Trabajadores Migratorios firmado entre Estados Unidos y México y cuya vigencia fue de 1951 a 1964.  
PUERTO EL DEDO. Denunciar (m.).  
RAUDO. Rápido (m.).  
RE (REBONITO). Sinónimo de muy.  
ROLLO. Discurso largo (m.).  
SANGRERO. Flujo de sangre (m.).  
SHOW MAN. Hombre que conduce el espectáculo.

SIGN. Anuncio.

SING. Cantar.

SPORT. Ropa informal.

SWING. Tipo de baile de los cuarenta.

TAX. Impuesto.

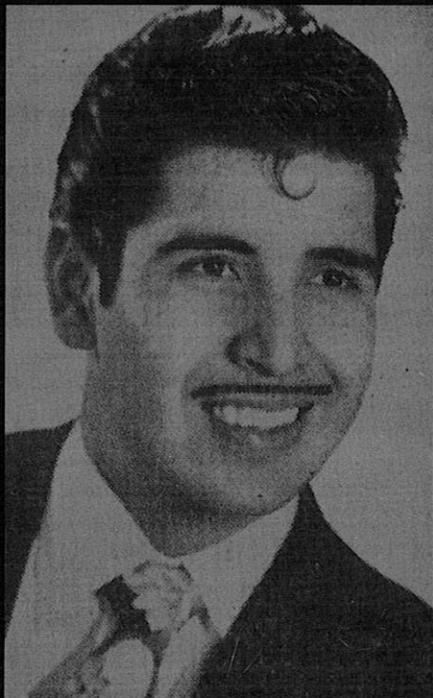
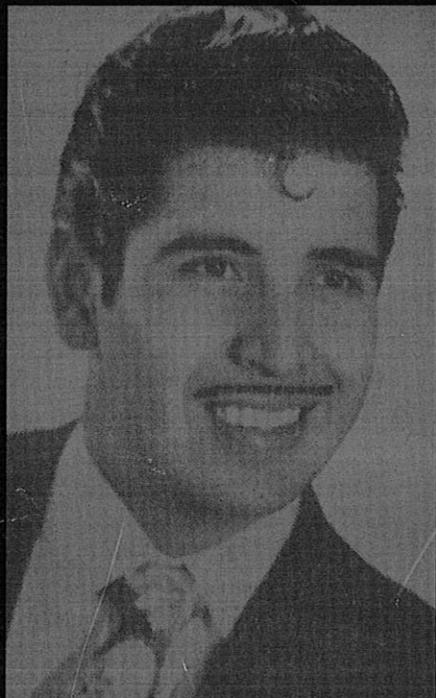
TERRUÑO. Tierra de origen (m.).

TIERRUCA. Tierra de origen, matria (m.).

WHAT? ¿Qué?

ZIPPER. Cierre.

*Con la música auestas. Fernando Freddy Quiñones,* un trovador fronterizo, se terminó de imprimir en junio de 2000 en CB Impresiones. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento Editorial de la Dirección de Desarrollo Cultural del ICBC. El tiraje consta de 500 ejemplares.



Víctor Alejandro Espinoza Valle es doctor en sociología política por la Universidad Complutense de Madrid y en ciencia política por la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1992 recibió el Premio INAP, otorgado por el Instituto Nacional de Administración Pública, y en 1994, el Reconocimiento al Mérito Profesional de la Universidad Autónoma de Baja California. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y actualmente es secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte. Es autor de *Don Crispín. Una crónica fronteriza* (1990 y 1992), *Reforma del Estado y empleo público* (1993), *Miradas y querencias* (1995), *Clases medias y pequeñas burguesías* (1997) y *Alternancia política y gestión pública. El Partido Acción Nacional en el gobierno de Baja California* (1998), y coordinador de *El sindicalismo regional en los noventa* (junto con María Eugenia de la O, 1996), *Modernización educativa y cambio institucional en el norte de México* (1999) y *Alternancia y transición política. ¿Cómo gobierna la oposición en México?* (2000).



Gobierno del Estado  
de Baja California



INSTITUTO  
DE CULTURA DE  
BAJA CALIFORNIA